

Editorial

CIENCIA PATRIÓTICA

LOS QUE NOS DEDICAMOS a la ciencia política sabemos de la tendencia moderna a utilizar grandes transgresiones como elemento de conmoción y cambio en la vida. Un buen ejemplo en la sociedad vigilante en la que vivimos es el increíble uso de la idolatría. Francis Bacon (1561-1626) se atrevió con gran osadía no sólo a banalizar ese formidable tabú, sino incluso a catalogarlo. Los ídolos se convirtieron así en instrumentos principales de la ingeniería política para amasar gran cantidad de poder con el que construir, destruir y revolver la acción pública.

Hoy estamos llegando al paroxismo en cuanto a la utilización descarada, y sin pudor, de algo tan peligroso y primitivo como son los ídolos. El paso decisivo fue en su momento la aparición de la nación y su reflejo en el Estado. Ya nadie se avergüenza, ni en la teoría ni en la práctica, de recurrir a sentimientos identitarios que a veces bordean el éxtasis; y es habitual la construcción de personajes, y personajillos, positivos y negativos, mediante las técnicas publicitarias que hoy se ofrecen a los partidos y sus adláteres.

Mirado en perspectiva, resulta sorprendente cómo han podido los ideólogos occidentales aceptar todas estas manipulaciones groseras sin alarmarse. Abruma comprobar cómo la oleada del patriotismo o el furor por algunos ingredientes públicos, como la bandera, los himnos, la raza y los emblemas, se prestan a ser instrumentos de conmoción y arrebató para conseguir resultados en el manejo de la política. En un mundo que se ríe de conceptos como omnipotencia, letargia, abandono, bondad, generosidad o locura, es habitual que millones de personas vivan entregadas a alguno de estos ídolos. No sólo no esconden su fervor, sino que se sienten orgullosas de sus procuraciones y les aclaman.

En esta línea, la ciencia de lo público se ha quedado fijada al Estado-nación y esto la ha contagiado desde sus raíces con un cierto fanatismo de origen vigilante.

Hay quien achaca todo esto a un regreso —en la ciencia contemporánea siempre se piensa en términos de adelante o atrás— a los defectos tribales del narcisismo colectivo, el localismo o el subjetivismo. Y están convencidos de que las nuevas ideologías universalistas traerán el antídoto; si no las ya fracasadas, otras nuevas que habrán de surgir. Se diagnostican esas conmociones como brotes enfermos o desviaciones nefastas y, a la luz de la ciencia vigilante, se ha esperado por mucho tiempo su neutralización, superación o disolución como si se tratase de un virus, un escape infecto de la mente humana o un vertido contaminante imprevisto.

Claro que, si nos paramos a pensar, es difícil entenderlo. La visión universalista empieza a quedar algo borrosa ante esa *globalización* que hoy utiliza todo el mundo. Sin duda la escala de consumo de la política se ha agigantado. Cada vez más se impone la *megapolítica*, y los ingenieros responsables de los Estados y de las relaciones interestatales —¡todavía llamadas internacionales!— se debilitan y caen en la incoherencia de predicar una cosa y hacer lo contrario. En la misma línea, los políticos y periodistas —todos bien entremezclados unos con otros— empiezan a ser personajes mitad despreciados, mitad ridículos. Se les ve como figuras cuyo fin es convertirse en adinerados.

En la década que lleva saliendo *Foro Interno* hemos notado que el ámbito académico se resiente de lo mismo. Los profesores están muy sometidos a un régimen de control, a redes de influencias, en las que poco se alcanza a ver con independencia. Se dibuja un cierto despotismo en el manejo de las ideas, los puestos de trabajo y las compañías editoras, lo que dificulta el acceso de los jóvenes y maduros más talentosos a los puestos relevantes. La endogamia *á la George Bush* viene a ser prácticamente incesto. Se nos dice que todo un mundo de indicadores comparados, de clasificaciones y de baremos ha traído el desplazamiento del viejo paternalismo católico. Pero con ello no se ha ido el mal. La dependencia y centralización de los politólogos profesionales identifica cada vez más a los científicos con las orientaciones estatales. A la vez, perdura sin discusión el principio de jefatura.

Cabe admitir que la sociedad impregnada de eclesiasticismo que ha prevalecido hasta la Segunda Guerra Mundial en Europa y en EE. UU., ya no hace pie. Al fin parece que en la tradición cristiana la omnipotencia, clave de la política, no está depositada en los papas, obispos, presbíteros o *divines*. Hace tiempo que el mundo laico la transfirió al Estado y una gran maquinaria administrativa se ha afianzado con exclusividad. En nuestros días, resulta alentador que la teoría política haya descubierto algo que el gran elaborador de este tema, Thomas Hobbes (1588-1679), no alcanzó a ver, que *omnipotencia e impotencia son dos caras de la misma moneda*.

SOCIEDAD VIGILANTE

La teoría política de hoy tiene la gran oportunidad que le dan el fracaso estrepitoso de la visión gótica y de algunas de sus consecuencias, a saber la identificación de saber con poder, la convicción de que la vida es una guerra y el despotismo de la vigilia sobre la identidad del ciudadano. Por su parte los portavoces de la ciudadanía, que ensalzan a todas horas y en todos los contextos el estado vigil, se encuentran ahora con problemas casi insolubles; y con una vida carente en buena medida de atractivos y garantías. Por no mencionar las sombras oscuras, tenebrosas, que aparecen en el horizonte como son el deterioro ecológico del planeta y la amenaza nuclear que no para de crecer en silencio. Un mundo desesperado que no deja que surjan alternativas por su arrogancia cientificista y su burda adoración del poder omnipotente. Un control incesante, asentado en el miedo y la ansiedad. Quizá el reto mayor para nuestros investigadores sea la militarización rampante de la política y de su estudio, que convierte a ciertos profesores en verdaderos tiranuelos y a jóvenes aspirantes a científicos en bregados gladiadores a la busca de preeminencia y victoria.

Claro que también, y como siempre suele ocurrir, están apareciendo autores antiguos y modernos que en su momento se enfrentaron con estos defectos. El hecho de que ellos hayan estado ahí en el pasado y otros surjan, sugiere que estamos tratando con problemas humanos anclados en la mente y en las fallas del ser humano. La idolatría esgrimida con tanta soberbia por el mundo moderno no es un asunto reciente. Por eso, su recuperación como problema puede resultar beneficiosa para la investigación actual. Uno de los maestros más interesantes para la teoría política, Franz Kafka (1883-1924), nos dejó algunas reflexiones extraordinarias:

La primera idolatría fue seguramente miedo a las cosas; y, en conexión con ello, miedo a la necesidad de las cosas; y, en conexión con ello, miedo a la responsabilidad por las cosas¹.

LA MAGIA OMNIPOTENTE DEL MÉTODO

Una de las salidas más buscadas en la ciencia vigilante es el recurso al método. Es curioso que una época caracterizada por hallarse perdida en un laberinto, se

¹ Franz KAFKA, *Aforismos de Zürau*, ed. de Roberto Calasso, Ed. Sexto Piso, Madrid, 2005, n.º 92, p. 107.

sujete a la idea de método o camino para intentar salir al espacio abierto y al aire libre. La elaboración de un método blindado contra el error sigue siendo la ilusión ingenua de la politología. De ahí la obsesión que tienen casi todos los programas universitarios por la metodología. Los profesores están convencidos, o fingen estarlo, de que un buen método evita la intrusión del error. Están seguros de que ello nos guiará por la buena línea.

Quizá esto no sea más que el síntoma de la debilidad de la ciencia política y de la desconfianza de sus practicantes. Tratar de estudiar a la vez algo tan abierto como es la vida pública y el gobierno de nuestras vidas, aporta para ellos dificultades insalvables. ¿Cómo van a evitar el error en la vida de una persona si a veces la vida es en sí misma un error creativo?

La consecuencia más negativa, el pago más oneroso que ha habido que hacer para mantener esta ficción de una ciencia política homologable, ha sido la de podar, en realidad mutilar, nuestro campo de conocimiento. Así tenemos que, en el terreno específico de la ciencia del gobierno de las personas, se ha privatizado el estudio del propio gobierno de la vida de cada uno. La cuestión se resuelve en Atenas y lo ejecuta decisivamente Aristóteles (384 a. C.- 322 a. C.), pero el asunto es que, sobre esa gran prohibición y sobre el concepto de verdad como correspondencia o como *a-letheia*, una negación, se ha fundamentado en buena medida la ciencia actual más pagada de sí misma.

Para nuestra fortuna se están volviendo a estudiar esos procesos tan astutos, y a la vez tan limitados, de restringir el campo de acción de la politología, y se están poniendo en evidencia las tergiversaciones y mutilaciones que ha habido que hacer en la vida pública para montar una ciencia moderna. Con las catástrofes de las guerras mundiales y el avanzado estado de descomposición del etos liberal, la situación va a exigir revisiones muy serias. Lo cierto es que la física, la matemática y la música han llevado a cabo con mucho esfuerzo una gran renovación teórica, pero no así las ciencias sociales y políticas.

Por eso uno de las alegrías que nos trae la profesión ha sido la reciente e imparable recuperación del gobierno de cada ciudadano como materia de estudio dentro de la politología. Asimismo, se empieza a cuestionar que la vida sea por definición una guerra perpetua y que, como resultado, todos los ciudadanos seamos militantes. Esto ha hecho que se tambalee un axioma sórdido y torpe que se ha mantenido como una conspiración entre todas las ideologías modernas: que el miedo a la muerte es la última razón de la existencia de la ley, ya que las leyes hacen su efecto por miedo al castigo.

MIEDO A LA LOCURA

En la actualidad se presta oído a la importancia del *miedo a la locura* como causa mucho más realista de la conducta humana. Son muchos y visibles los ejemplos de personas que arriesgan su vida por cualquier cosa, consumen sustancias tóxicas y mantienen prácticas de riesgo para su salud; todo ello sin mencionar la atracción morbosa que tienen el suicidio y las conductas extremadamente masoquistas.

No ocurre lo mismo con las identidades en sus distintas facetas, étnicas, sexuales, de clase, edad, origen familiar, procedencia o los *avatares* fantásticos. En este asunto, no se aceptan las bromas y las cosas se cursan siempre de manera muy seria y, en ocasiones, diríamos que hasta amenazante.

Desde luego hoy no se juega gratis con la integridad de las identidades. El miedo a que nos estalle la cabeza, el temor a perder la razón considerada como el gobierno noble de nuestras vidas, el terror a no reconocernos, a no entender nada de nada, a perder el control de todo lo que nos rodea, a la pobreza y a la vejez, es una fuente constante de ansiedad y alimenta el miedo más importante en la vida pública. Es el miedo a la pérdida definitiva de nuestro rumbo, a la depresión, a la impotencia; en definitiva, el pánico a la locura.

En este sentido no sería extraño que en el futuro se acentuase esa dependencia de la ciencia política respecto de las identificaciones masivas existentes, o que pueda sobrevenir una actitud desafiante contra la teoría política cuando ella intente hablar de esta confusión.

Todo lo anterior trae un giro importante en el estudio del gobierno de nuestras vidas y hace que ahora entendamos por qué nos hemos sentido muchos como en medio de un callejón sin salida cuando nos insistían en repetir, e incluso memorizar, estudios tediosos y poco útiles para la vida de las personas. Al final, con los magros resultados obtenidos por tales procedimientos, sentíamos que aquéllo poco nos valdría a la hora de encontrar alternativas teóricas a los grandes desastres del siglo veintiuno.

JAVIER ROIZ